



Reflexiones en torno a un nuevo objeto de estudio: las revistas

Patricia M. Artundo
Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires

Resumen

Desde los ámbitos restringidos de la historia y de la literatura, a la diversidad de áreas del conocimiento desde las que se aborda a las revistas en la actualidad, es posible verificar la existencia de un proceso que condujo a su afirmación como nuevo objeto de estudio. La cantidad de trabajos que se les ha dedicado —que, además de artículos y ensayos, incluye tesis de doctorado y de maestría—, así como la realización de simposios y congresos y de mesas redondas, hablan de ese nuevo lugar que ahora ocupan.

Reflexionar sobre el “objeto” revista —es decir, no ya sobre tal o cuál revista— obliga a formular algunas preguntas básicas relativas a él. ¿Cómo fue el proceso que condujo a la afirmación de este nuevo objeto, en particular, en la Argentina? ¿Es posible hablar de las revistas entendiéndolas como objetos autónomos? ¿Cuál es su especificidad, si es que se le reconoce alguna? ¿Existen nociones y conceptos que sean instrumentales para su abordaje, independientemente del lugar desde dónde sean estudiadas?

Responder a estas y otras preguntas no solo aclararía ese nuevo estatus alcanzado sino que permitiría establecer nuevas líneas de análisis y afirmar otras que, aunque formuladas, no parecen haber sido suficientemente exploradas.

Palabras clave: revistas culturales — crítica literaria — literatura argentina — siglo XIX — siglo XX

El que hoy estemos reunidos aquí participando de este Simposio dedicado a las revistas culturales, literarias y artísticas, en el marco del IX Congreso de Hispanistas, reafirma un hecho que a esta altura es incuestionable: el que las revistas se han constituido en un objeto de estudio diferenciado. Los últimos veinte años han sido testigos de este proceso y como índice del nuevo estatus alcanzado mencionemos la cantidad de trabajos que se les ha dedicado: además de artículos y ensayos, tesis de doctorado y de maestrías, así como la realización de simposios, congresos y mesas redondas, sin contar la constitución de grupos de estudio dedicados a ellas.

Hace ya algunos años (Artundo 2002: 11), al pensar qué era lo que había sucedido a partir de fines de la década de 1980, señalé en primer término la realización de dos encuentros internacionales, realizados en París en 1988 y 1990. Estos fueron organizados por el Centro de Investigaciones Interuniversitario sobre los Campos Culturales en América Latina, y se titularon *Le discours culturel dans les revues Latino-Américaines de l'entre-deux guerres: 1919-1939* y *Le discours culturel dans les revues Latino-Américaines: 1940-1970*. Desde el título mismo de estos encuentros se ponía en foco un ámbito —América Latina— y luego, aquello que iba a ser objeto de análisis, el discurso cultural en las revistas, indicándose en cada caso un marco temporal. Y en relación con este punto, es necesario tener presente que lo que se hacía era, en el primero de ellos, establecer un nexo entre el período de



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



entreguerras, reconocido por la historiografía europea. Y, en el segundo, aunque no se aclaraba, el cierre en 1970, marcaba otra cesura cuya razón de ser uno podría pensar, se encontraba en la fractura institucional en América Latina y las dictaduras de los años setenta.

La misma dimensión –cultura y América Latina– aparecía en el encuentro de especialistas que tuvo lugar en 1997 para conmemorar el 25º aniversario de la revista *Hispanamérica* que dio lugar a la publicación del volumen *La cultura de un siglo: América latina en sus revistas*. De este encuentro me interesa destacar la mayor presencia de los estudios dedicados a las publicaciones brasileñas. Una decisión que algunos años después compartirían los editores del número especial de *Revista Iberoamericana*, Roxana Patiño y Jorge Schwartz al publicar el volumen dedicado a *Revistas literarias/culturales latinoamericanas del siglo XX*. Sin lugar a dudas, en ese número de *Iberoamericana* se trabajaba sobre la “necesidad de integrar los estudios hispanoamericanos con los brasileños, de allí la protagónica participación de los estudios de revistas brasileñas en la mayoría de los casos desconocidas para los estudiosos hispanoamericanos” (Schwartz-Patiño 2004: 649). Poco más de diez años antes, el mismo Schwartz había publicado “¡Abajo Tordesillas!” donde precisamente y aunque en un contexto más amplio se había ocupado de esa fractura existente entre el Brasil y el resto de América Latina. Una preocupación que, por otra parte, había estado en el fundamento mismo de aquella investigación que se concretó en 1991 en su libro *Las vanguardias latinoamericanas: textos programáticos y críticos*, a partir de “la doble articulación entre el Brasil y la América hispana” (Schwartz 1991: 10), un libro en el que ya las revistas eran tratadas con identidad propia.

Por otra parte, en la Argentina, hubo también otro tipo de emprendimientos privados que dieron un importante impulso al estudio de las revistas. Entre ellos, merece ser mencionado el de la Asociación Argentina de Editores de Revistas que publicó cuatro tomos dedicados a la historia de las revistas argentinas que fueron el resultado de concursos abiertos sobre el tema. Por su parte, en la década de 1990 Washington Pereyra comenzó a publicar sus volúmenes *La prensa literaria argentina: 1890-1974*, cuyo cuarto volumen se conoció recientemente.

Durante la misma década cobró impulso renovado una práctica editorial que tiene su continuidad hasta el presente: por un lado, la edición de facsimilares y, por otro, la reproducción en símil tipográfico de las revistas. De esa manera publicaciones como *Martín Fierro* y la *Revista Multicolor de los Sábados* del diario *Crítica* –hasta entonces, casi totalmente inaccesibles– tuvieron su facsimilar sea en la versión impresa o en soporte digital. En este caso fue el FNA el que asumió la tarea, un interés que parecía lógico para una institución que tenía una tradición bien afirmada en la publicación de índices y bibliografías, entre las más conocidas, las dedicadas a *Nosotros* y a *La Nación*. Por su parte la Universidad Nacional de Quilmes lanzó sus reproducciones en símil tipográfico, iniciando una importante línea editorial que comenzó con *La Montaña* y que se continuó con revistas como *Inicial* y *Contra*.

Este panorama histórico de los últimos veinte años, sin duda incompleto, solo busca trazar algunas de las líneas principales que sirven para comprender cuál es el lugar que ocupan hoy las revistas constituidas en objeto de estudio. De él también se podría desprender que el estudio de las revistas es algo nuevo y de hecho no es así. La reflexión en torno al objeto revista y su estudio, facilitando además lo que hoy denominamos fuentes de información a través de la elaboración de índices y resúmenes de contenido es algo que



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



alcanzó pleno desenvolvimiento en la segunda mitad del siglo XIX, aunque sus manifestaciones sean anteriores. Pero lo que es más importante es que estuvo ligada al desarrollo a nivel local de la bibliofilia, índice del “coleccionismo moderno internacional” en las palabras de Marcelo E. Pacheco, para quien:

El segmento de los **bibliófilos** fue uno de los que alcanzó mayor desarrollo en la etapa 1820-1860. Siguiendo los impulsos del coleccionismo y del mercado de libro que se proyectaba desde la tradición virreinal, Buenos Aires siguió siendo una plaza activa en la circulación y apropiación de impresos y publicaciones. En aquellos años comenzaron a formarse las bibliotecas claves para la conservación de los fondos bibliográficos coloniales y del XIX. A figuras como la de Manuel Trelles, se le sumaban Juan María Gutiérrez, Antonio Zinny y Andrés Lamas. Todos comprometidos, además, en la investigación y difusión del material. *Revista del Río de la Plata, La Revista de Buenos Aires, La Nueva Revista de Buenos Aires*, fueron publicando índices, inventarios y guías bibliográficas sobre la Imprenta de Expósitos, los periódicos porteños, etc. Hubo un alto grado de profesionalización del territorio con la creación de una infraestructura que ponía a disposición de estudiosos y *amateurs* información sobre la historia y el presente del arte de la impresión en Argentina y América Latina, y documentación inédita, accesible en colecciones públicas y privadas (2009).

Antonio Zinny (?-1890) es sin lugar a dudas una figura clave para el conocimiento de las publicaciones de la primera mitad del siglo XIX con *Efemeridografía argireparquiótica o sea de las provincias argentinas* (1868) y *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas* (1869), además de sus resúmenes de contenido dedicados a *La Gaceta Mercantil de Buenos Aires (1823-1852)* y a *Gaceta de Buenos Aires, desde 1810 hasta 1821*, ambos publicados en 1875. Zinny recibió, además, en 1885 el encargo de la Provincia de Buenos Aires para adquirir un importante fondo bibliográfico destinado a la Biblioteca Pública de La Plata, fondo en el que las publicaciones periódicas del interior del país conocidas a lo largo del siglo XIX tuvieron un lugar destacado.

Como lo señala Pacheco, el caso de Zinny no es aislado: otros actores contemporáneos, como Vicente G. Quesada (1830-1913), comprendieron la importancia que las publicaciones periódicas tenían para conocer algo más que lo referido a la historia del país durante las primeras décadas del siglo XIX. En el caso de Quesada, él se preocupó por establecer la diferencia entre la prensa diaria –marcada por la cuestión política– y las revistas, entendiendo a estas últimas como “una necesidad de la sociedad cuya cultura ha llegado a cierto grado de desarrollo” (Quesada 1863: 152). Esa reflexión se enmarcaba en su artículo dedicado al *Telégrafo Mercantil. Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata*, el primer periódico publicado en Buenos Aires. Y, en relación con él, afirmaba: “Cuando se escriba alguna vez la historia de la literatura de esta parte de América se dará a este periódico la influencia que ejerció en el desarrollo de la inteligencia y el cultivo de las ciencias” (Ibídem).

Su nota había aparecido en 1863 en el número inaugural de *La Revista de Buenos Aires*, dirigida por él mismo y por Miguel Navarro Viola. Para esta nueva publicación el *Telégrafo Mercantil* había actuado como un referente a la hora de pensar en la nueva revista.



En el “Prospecto” publicado en ese mismo número, se ponía el énfasis en la necesidad de intervenir en su propio presente a partir de una publicación que estuviese a la altura del desarrollo cultural alcanzado por una sociedad caracterizada por su sistema de gobierno democrático. Al tiempo que reafirmaba otros modelos por fuera de las propias fronteras en la *Revista del Pacífico. Publicación Literaria y Científica*, editada en Valparaíso y en la *Revista de Lima*, publicaciones que además se manifestaban ajenas a cuestiones políticas (3).

Casi veinte años después, en 1882, Ernesto Quesada (1858-1934) –hijo de Vicente– resumía cuál era la situación de las revistas en la Argentina en lo que él mismo identificaba como un “curioso” detalle bibliográfico, titulado “El movimiento intelectual argentino: revistas y periódicos” (Quesada 1893). En él hacía una relación de revistas publicadas desde el *Telégrafo Mercantil* hasta aquellas de la década de 1870. Pero lo más importante eran las reflexiones que lo habían guiado al realizarlo. Primero, él reconocía la imposibilidad que existía en América Latina –y aquí comprendía a los países de origen latino e incluía al Brasil– para el desarrollo de las revistas y su sostenimiento en el tiempo. Las causas eran varias: por un lado, la ausencia de librerías-editoriales que asumieran la empresa y, luego, la indiferencia “criminal” del público.

En ese sentido reconocía que el público leía los diarios pero estos, en su mayoría, buscaban el lucro con la publicación de noticias que no exigían demasiadas capacidades a sus lectores. Estos, por su parte –y allí se adentraba en un tipo de reflexión sociológica– dada la forma de vida y las dificultades que acarrea la vida moderna, buscaban una lectura “fácil, corta, juguetona, chispeante, sin desdeñar la noticia escandalosa si está brillantemente redactada” (122). Cuando se refería a los editores, lo que reconocía como una falta era que no cumplían con la parte que les correspondía en el proceso iniciado al efectuar el encargo de un libro o un artículo a un escritor, pagarle por él, imprimirlo y hacerlo circular y, lo que no es menos importante, colocarlo en condiciones ventajosas para el autor. Esto le servía para plantear la cuestión central, la no existencia en términos profesionales del “hombre de letras”, es decir de aquel que vive de su “pluma y de su saber”. A diferencia de lo que ocurría en otros lugares del mundo, en la Argentina la situación era esa y solo los “diaristas” podían vivir de su trabajo. Para Quesada, sin hombres de letras no había literatura nacional.

Su siguiente reflexión estaba destinada a pensar la diferencia que existía entre la prensa diaria y las revistas. Esa reflexión lo llevaba a preguntarse acerca de cuál era la naturaleza de cada una de ellas. La prensa diaria estaba volcada a la actualidad, a las noticias del momento y, por eso, difícilmente se le podía pedir aquello que era necesario para alcanzar un grado superior de cultura: fomentar la lectura. Esa misión era confiada a las revistas en tanto los hombres de letras eran quienes estaban en condiciones de realizar una labor crítica capaz de introducir a los lectores en el conocimiento de los libros y de ejercer al mismo tiempo una actividad “rectora y orientadora en los escritores”. Pero el otro punto importante para Quesada era que las revistas eran el resultado de un esfuerzo colectivo, independientemente de la personalidad de quienes las dirigiesen; por eso, su acceso a ellas debía estar asegurado a cualquier escritor, independientemente del grupo literario o político al que perteneciese.

De su listado de revistas Quesada sacaba otras conclusiones y se ocupaba de una taxonomía de las mismas: las revistas que circulaban en Buenos Aires podían dividirse en dos grandes grupos. Aquellas que eran órganos de expresión de sociedades técnicas –como



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



las de la Sociedad Rural Argentina o la Sociedad Científica Argentina— por un lado y, por otro, aquellas particulares destinadas a “satisfacer las necesidades de un gremio”. Entre estas últimas se contaban las de los médicos, abogados, los masones, las destinadas al público musical, etc. Y si podía también individualizar a aquellas destinadas de un modo más general a la cultura, como *El Álbum del Hogar* (literatura), *Ilustración Argentina* (literatura e historia) y la *Nueva Revista de Buenos Aires* (literatura, historia, derecho, ciencias, y bibliografía americana), el panorama, a su juicio, era desalentador: falta de recursos económicos para que una publicación se sostuviese en el tiempo —salvo aquellas, que como las de los gremios o sociedades tenían un público cautivo entre sus miembros—, un desconocimiento notable de las publicaciones del interior del país, y también del resto de América. El salvar todos estos problemas era parte de una misión confiada a las revistas que, en tanto actores, estaban llamadas a intervenir, solidariamente, contribuyendo a crear la vida intelectual en el país: ellas “deberían aunar sus esfuerzos para lograr ese resultado, actuando cada una en su esfera, en su especialidad, y en su público” (141).

Aunque Vicente G. Quesada y Ernesto Quesada, padre e hijo, pertenecían a dos generaciones distintas, ambos tenían puntos en común: los dos habían reflexionado sobre las revistas, sobre su naturaleza y sobre su función en la sociedad. Ambos tenían en claro cuál era la diferencia que existía entre la prensa diaria y las revistas y les reconocían funciones diferenciadas en su propio momento histórico. Para ellos las revistas tenían una misión asignada y era esa misión la que les otorgaba su valor. El reconocimiento de ese valor intrínseco es lo que los llevó a coleccionarlas, estudiarlas, clasificarlas, realizar índices y resúmenes de sus contenidos y procurar todos los documentos incluidos aquellos testimonios de los que habían tenido una participación activa en cada una de las empresas. También fueron capaces de pensarlas a nivel regional y continental: ellos podían pensar en una cartografía de las revistas en América Latina, reconocerles aquellas características que las dotaban de una identidad propia y, en algún punto, entenderlas como referentes al pensar en una línea de acción. Y si necesariamente eran importantes para el conocimiento de la historia nacional, ellos tenían ya una visión más amplia.

Por otra parte, a fines del siglo XIX fue el movimiento historiográfico generado por la Junta de Historia y Numismática Americana el que dio un gran impulso al conocimiento de las publicaciones periódicas al iniciarse el nuevo siglo. De hecho, sin conocer el lugar que se le otorgó a la prensa del siglo XIX como documentación histórica, sería difícil comprender la aparición de los facsimilares en la *Crisis* de la década de 1970, detrás de los cuales estaba, por supuesto, el bibliófilo Federico Vogelius.

Entre 1910 y 1915 se publicó bajo la dirección de la Junta el que fue probablemente el primer facsimilar conocido en el país, el de la *Gaceta de Buenos Aires* (1810-1821). En los años inmediatamente posteriores al Centenario de la Independencia vieron la publicación otros facsimilares como el del *Telégrafo Mercantil* (1914-1915), el *Correo de Comercio* (1913 y 1914, Museo Mitre, Documentos del Archivo de Belgrano), *El Redactor de la Asamblea* (JNHN, 1913), *El Redactor del Congreso Nacional* (1916, Museo Mitre), iniciándose así toda una línea que tendría su continuidad a lo largo del siglo XX.

En este punto, uno debería preguntarse si existió un quiebre o fractura entre aquella aproximación que proponían los hombres de las generaciones de Zinny y de Quesada durante el siglo XIX, una línea que como vimos no necesariamente estaba orientada hacia la historia, aunque esta disciplina estuviese en su base. En todo caso —y esta afirmación es



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



provisional—, pareciera que el estudio de las revistas durante la primera mitad del siglo XX estuvo ligado a la necesidad de conocer la historia de la literatura argentina. Uno podría tomar como parámetros *La literatura argentina: ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (1917-1922) de Ricardo Rojas (1925), con su capítulo dedicado a “Las empresas editoriales” —en el que dedicaba un lugar central a las revistas del siglo XIX, reconociéndoles una identidad propia y objetivos diferenciados— y la dirigida por Rafael Alberto Arrieta, conocida en 1959. En esta última, el capítulo dedicado por César Fernández Moreno a “La poesía argentina de vanguardia” se cerraba con una nota bibliográfica que incluía un apartado dedicado a las revistas. Un índice breve que desde la primera *Proa. Revista de Renovación Literaria* (1922-1923) hasta *Contrapunto* (1944-1945) y *El 40. Revista literaria de una generación* (1951-1953), incluía solo a aquellas revistas que, según su autor, “en alguna medida han ido configurando el rumbo de la poesía argentina (...) hasta la generación del 40 inclusive” (Fernández Moreno 1954: 669). Allí, definitivamente las revistas eran entendidas como una clave de acceso no solo válida sino también ineludible a la hora de pensar la historia de nuestra literatura.

Además de las historias dedicadas al periodismo argentino, como las de Galván Moreno (1944) y Juan Rómulo Fernández (1943), los años cuarenta vieron un incremento de los estudios dedicados a las revistas literarias y, en particular, a aquellas identificadas como de vanguardia. En ese conjunto, el caso del periódico *Martín Fierro* (1924-1927) resulta ejemplar. Primero, por la autoconciencia que manifestaron sus antiguos integrantes que se evidenció en varios artículos aparecidos durante esa década, pertenecientes a Evar Méndez, Ulises Petit de Murat y Cayetano Córdova Iturburu, para culminar en la *Memoria de Martín Fierro*, preparada por Oliverio Gironde en 1949, al cumplirse el 25º aniversario de su publicación. A estos textos se fueron sumando otros que desde perspectivas más amplias indagaban la renovación literaria y ponían como punto de partida a la “generación martinfierrista”. Se trataba de esquemas generacionales que se irían completando en las dos décadas subsiguientes, incorporando, además de la generación del 22, a la novísima generación y a la generación de *Contorno*. Textos críticos, textos polémicos, textos autorreflexivos, marcaron el lugar central otorgado a *Martín Fierro*, un lugar que atravesó los años sesenta para proyectarse hasta hoy.

Por otra parte, es evidente que al iniciarse la década de 1960 se había afirmado un corpus de revistas con la presencia ineludible de publicaciones como *La Biblioteca* de Paul Groussac, *Nosotros* de Alfredo Bianchi y Roberto F. Giusti hasta *Sur* de Victoria Ocampo, así identificadas a partir de las figuras que estuvieron detrás de ellas. *Nosotros* y *Sur* fueron objeto de estudio desde los Estados Unidos, en el caso de la primera de ellas (Nichols y Burk Kinnaird 1935), apenas producido su primer cierre y en el de *Sur* estando todavía en circulación (1955). Todavía falta un estudio que aclare el rol que cumplieron los trabajos producidos en el ámbito norteamericano desde comienzos del siglo XX, que incluyeron índices y bibliografías que fueron dedicados a las revistas y periódicos de Hispanoamérica y que estudie el papel de cumplieron publicaciones como *Revista Iberoamericana* desde los años treinta en adelante.

Al respecto, es necesario destacar aquí que antes que Lafleur, Provenzano y Alonso publicaran en 1962 la que sería la primera edición de *Las revistas literarias argentinas: 1893-1960*, Boyd G. Carter (1959), John E. Englekirk (1961-1963) y Sturgis Leavitt (1961?) dieron a conocer sus respectivos estudios dedicados a las revistas literarias en Hispanoamérica,



oscilando en sus decisiones entre las revistas exclusivamente literarias y las revistas literarias y culturales. Cada uno con sus propias particularidades en cuanto a los criterios que los guiaron, representaron un esfuerzo que buscó integrar los trabajos ya conocidos en cada uno de los países de habla hispana dedicados a las revistas, con visiones de conjunto y la incorporación de índices y bibliografías.

Para el crítico argentino Luis E. Soto —una de las voces más autorizadas para hablar del valor de las revistas, en tanto él mismo había dirigido y participado de muchas empresas de ese tipo desde los años de su juventud— dos eran las características que reconocía en los estudios mencionados. Estos eran el resultado de una labor de *entomólogos* y de *cartógrafos*, dos conceptos sin lugar a dudas clave para entender ese tipo de trabajos (Soto 1967). El pensar su labor y compararla con la de aquellos que científicamente se ocupan del estudio de los insectos, inmediatamente remite no solo al paciente estudio y clasificación de estos, sino también a algo que hoy podríamos ver en la noción de microhistoria. Una noción que, para Noemí Girbal-Blacha —al ocuparse precisamente de la historia de las revistas desde el punto de vista de la historia cultural de lo político— aclara:

Hoy que tanto se habla de la microhistoria —en oposición a la historia de las grandes estructuras sociales alentada por la llamada Escuela de *Annales*—, las experiencias de los individuos han vuelto a concitar el interés del historiador, para acercarse desde esta perspectiva a una más sólida interpretación de los procesos macrohistóricos. Las escalas de análisis son las que han variado; las representaciones del pasado se han multiplicado y han adquirido mayor complejidad (1999: 22).

Los estudiosos americanos diseñaban, además, una cartografía que ubicaba en el tiempo y en el espacio a las revistas en las coordenadas que abarcaban desde México a Chile y Argentina. De esta cartografía seguía estando ausente el Brasil: una imposibilidad que estaba dada por una lengua ajena a la propia, barrera que era difícil de franquear ya que era además preexistente en el interior mismo de América Latina.

Desde una perspectiva local, los trabajos de Carter, Englekirk y Leavitt se sumaban a aquellos índices que a comienzos de los años sesenta recibieron un nuevo impulso desde diferentes ámbitos que de manera general se pueden identificar como los de la historia, la literatura y la bibliotecología. Apareció la ya mencionada primera edición de *Las revistas literarias argentinas* la que, aun en las carencias y objeciones que se le ha formulado (Crocé 2006), constituyó durante cuarenta años una de las herramientas más eficaces brindadas a todo aquel que quisiese ingresar al estudio de las revistas argentinas. Y a diferencia de los ocurrido con los trabajos de los estudiosos americanos —que tuvieron una circulación restringida en nuestro medio— la del índice de los argentinos, fue amplia en tanto también sus dos ediciones —1962 y 1968— se conocieron en empresas editoriales de alto impacto en el medio, como lo fueron las Ediciones Culturales Argentinas y el Centro Editor de América Latina.

La década del sesenta fue, además, la década en que se conocieron las antologías de textos de *Nosotros* y de *Martín Fierro*, detrás de las cuales estuvieron figuras como Noemí Ulla, Adolfo Prieto y Beatriz Sarlo. Nombres de investigadores a los que habría que sumar otros como los de Nérida Salvador, Emilio Carilla o Pedro L. Barcia, por nombrar a algunos de los que dieron un gran impulso al estudio de las revistas durante esos años.



A partir de entonces, la línea que conduce a nuestro presente y que he delineado sucintamente al comienzo, es clara y no ofrece dificultades para seguirla. Pero en este punto uno debería por lo menos hacer una serie de reflexiones. En primer término, si antes era posible pensar en la existencia de un corpus de revistas, con algunos títulos canónicos ya mencionados, lo cierto es que hoy esa noción de corpus dejó de ser instrumental, salvo que uno proponga una historiografía de las revistas a partir de los diversos corpus que han sido definidos desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante.

A lo que me refiero al hablar acerca de la falta de carácter instrumental de la noción de corpus en la actualidad es que, precisamente, no existe límite alguno para el abordaje de revistas. Desde *La Guía Quincenal de la actividad artística e intelectual argentina* a *Coche a la Vista* para el abordaje de la historia del peronismo, desde *La Revista de Música* a *Rock Super Star* y a *Cerdos & Peces* (1983-1999), se trata de un universo ampliado. Este universo no reconoce límites más que aquel que impone el "formato" revista en el soporte tradicional de papel impreso. Lo único que todavía parece resistirse a ingresar a él es el nuevo soporte que es aquel que proporciona la tecnología, es decir las revistas electrónicas.

Los abordajes también son múltiples: literatura, historia política, historia de los intelectuales, música, artes visuales, medios de comunicación de masas (radio, cine, televisión). Lo que uno comprende es que el estudio de las revistas sigue resultando funcional al abordaje de diversas problemáticas. Y ¿qué es entonces lo que falta, si es que falta algo? Lo que percibo como una carencia cuando pienso en las revistas constituidas en objeto de estudio, es la ausencia de una reflexión en torno a su misma naturaleza.

A una pregunta básica como cuál es la naturaleza de una revista, seguramente debería ser seguida por otra como ¿cuáles pueden ser las herramientas que permitan comprender su naturaleza y mecanismos de funcionamiento? Y, en ese sentido, ¿es posible pensarlas como objetos autónomos? y si la respuesta es negativa ¿por qué? Por otra parte, si acordamos con que una revista es un instrumento de intervención pública en su propio presente ¿existe algo común a todas que sea posible de identificar y aislar para poder analizarlas en tanto objeto?

Es cierto que las revistas actúan en un contexto histórico-cultural específico, sin embargo, tienen una identidad propia e indagar acerca de cómo la adquieren o sobre cómo esta se configura parece ser un punto de partida válido y si quieren básico como para comenzar a pensar en ellas. En todo caso, lo que uno debe recordar es que una revista es siempre el resultado de la toma de un conjunto de decisiones que no solo se refieren al área en la que deciden actuar, aun cuando este sea un punto determinante.

Una tentativa de respuesta a la problemática enunciada, en todo sentido provisional y sujeta a discusión y análisis, parece indicarnos que existen determinados elementos que las definen: sus características físicas y materiales, su visualidad y su contenido. A qué nos referimos cuando hablamos de características físicas y materiales. En primer término, a su formato y allí podemos identificar a aquellas que optan por el formato libro, o por el formato cuadernillo o por el formato periódico, sin contar otros formatos que podríamos denominar "alternativos", como lo es el afiche empleado en *Prisma. Revista Mural* o el formato tripartito de *Destiempo*.

Si el formato es algo que salta a primera vista y constituye una constatación bastante elemental ¿cuál es la importancia que tiene el distinguir entre los distintos tipos por los que puede optar una revista a la hora de lanzarse públicamente? El formato elegido puede



informar no solo sobre el lector presupuesto sino también sobre los distintos tiempos de lectura previstos. Basta, al respecto, pensar en dos o tres ejemplos contemporáneos entre sí: *Revista de América* y *Martín Fierro*. Estas dos publicaciones compartieron tanto el tiempo en que fueron publicadas como los mismos actores, pero aun así sus características formales difieren notablemente y lo que uno debería hacer es interrogarlas. Esto permitiría conocer las implicancias que estas elecciones tuvieron no solo para el lector al cual se dirigían sino también los aspectos relacionados con las condiciones en que se hace su lectura.

El formato periódico, por su papel –en general papel obra– admite ser plegado o doblado, llevado debajo del brazo y no necesariamente obliga a pensar en un lugar adecuado para realizar la lectura, además de presuponer otro tipo de contenidos. La revista libro, por su parte, presenta otras características que presuponen su permanencia en el tiempo y tienen previsto otro trato del lector con el objeto. Esta le propone el empleo de otros sentidos, además del de la vista, el del tacto que hace referencia al carácter material de una revista que elige un papel especial y de cierto gramaje.

Precisamente, esas características materiales son importantes de ser consideradas. Por ejemplo, la simple elección del papel para su interior y tapas, en muchos casos nos habla de otro tipo de decisiones. Tanto *Martín Fierro* como *Sur* optaron en algún momento por hacer tiradas especiales. Además de la tirada en papel obra *Martín Fierro* lanzó algunos números en papel ilustración, lo mismo que hizo *Sur* con sus números 4 y 5¹. Y uno puede preguntarse acerca de los intereses que tenían en cada caso los editores de ambas publicaciones o, por lo menos, los de algunos actores muy ligados a ellas. En el caso de *Sur*, Alfredo González Garaño, Oliverio Girondo y Eduardo Juan Bullrich eran bibliófilos. Al respecto, es el considerar la misma materialidad de aquellos ejemplares, la que nos debería llevar a preguntarnos acerca del porqué de la elección.

Sin lugar a dudas, esta dimensión física y material de una revista admite, por fuera de las clasificaciones cerradas, varias lecturas. Pero lo que es incuestionable, es que el punto de partida lo constituye el objeto mismo, es decir uno situado frente a un objeto que posee una existencia material. También es cierto que este tipo de análisis ya no sirve cuando hablamos de revistas electrónicas las que, precisamente, se caracterizan por su existencia virtual. Pero aun así y aunque las preguntas deban ser otras, es evidente que este tipo de elección de soporte para una revista, implica también pensar desde un comienzo en otro tipo de lector, con distintas capacidades y en otras formas y tiempos de lectura.

Otro de los elementos clave para el estudio de las revistas que hemos mencionado es el de su visualidad, esto es, la imagen pública que una revista propone para sí y, para ello, a qué elementos visuales, de diseño y de ornamentación de página recurre. De su estudio, es decir del estudio de las elecciones hechas en cada caso, se puede desprender el reconocimiento de afirmaciones y de proyectos que claramente están en directa relación con el discurso textual que propone una revista. Tener conciencia de esto implica la necesidad de superar miradas "ingenuas" sobre ellas. Es cierto que no necesariamente la dimensión visual del objeto es determinante y que en muchos casos una revista no necesariamente se plantea su imagen pública en términos visuales. O, por lo menos, la *imagen* entendida en un sentido

¹ En la página frente portada de ambos números, se puede leer: "De este número se han impreso cien ejemplares en papel de hilo *Stratton Bond*, numerados del 1 al 100 y reservados exclusivamente a los suscriptores de la revista".



más amplio como identidad, está dada por otros factores. Por ejemplo, en relación con *Contorno*, Ismael Viñas aclara que

... cuando decidimos editar los *Cuadernos de Contorno* dedicados exclusivamente a la política, encargamos su diagramación a Hlilo [i.e. Alfredo Hlito], que les dio un aspecto mucho más ligero y agradable. Esto, de paso, desmiente otro mito, que leí hace tiempo en la revista de Altamirano y Sarlo, en un artículo en el que se sostenía que la seriedad de la diagramación primitiva correspondía a nuestra posición ideológica. ¡Qué va! La revista podía parecer pesada de tan seria, pero ello se debía a nuestra ignorancia total sobre diagramados, de tal modo que hicimos todo del modo más simple posible... (2007: III).

Una revista apela, además, a una cultura visual del lector. Y esto es claro cuando pensamos por ejemplo que *Ñ. Revista de cultura* del diario *Clarín* ha rendido varias veces homenaje a *Crisis* citando en su diseño de tapa, algunas de aquellas de la revista de Vogelius. Existen, además, revistas que actuaron como modelo para otras, como es el caso de los semanarios político-culturales de la década del sesenta, como *Primera Plana*, *Análisis* y *Confirmado* que encontraron en revistas como *2001* su eco y demuestran la eficacia de un modelo en términos formales, materiales y de su visualidad.

Entre aquellas decisiones que se toman al publicar una revista y de la que parece depender todo el resto es la referida a la esfera en que se decide actuar. Por eso la distinción clásica y básica entre aquellas independientes y aquellas otras que responden a una institución como la *Revista del Museo de La Plata* o que mantienen una relación más o menos directa, más o menos comprometida con aquello que entendemos por "institución", como puede ser el caso de *Criterio* y la Iglesia. Y aquí uno puede encontrar toda una gama de posibilidades que es necesario clarificar para poder comprender una revista.

Entre todas estas posibilidades, también uno debería distinguir a aquellas revistas que de alguna manera actúan como *instituciones*. Para Renato Poggioli:

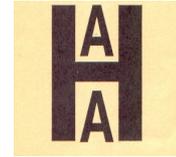
A veces, condiciones particularmente favorables permiten a alguno de estos periódicos ejercer una influencia más vasta y duradera sobre un público más variado y difuso y, entonces, llegan a ser instituciones editoriales de índole normal y permanente, con colecciones colaterales e iniciativas complementarias (1964: 37).

Para el caso argentino, la primera revista que viene a la mente es otra vez *Sur*. Aquella que se va definiendo a lo largo de la década de 1930, con el lanzamiento de su sello editorial, el adaptar el espacio de su redacción como sala de exposición en 1935 y el lanzamiento de sus *Cahiers trimestriels de littérature française* a comienzos de la década de 1940.

Cuando nos referimos al contenido de una publicación, el título elegido actúa como una clave de lectura ineludible: el título no solo adelanta sino que fija posiciones. Por ejemplo, desde su título *Acción de arte* —la antecesora de *La Campana de Palo* en sus dos épocas— alude al principio de acción directa de los anarquistas. Y en el caso de *Xul. Signo viejo y nuevo. Revista de poesía* a comienzos de la década de 1980 reivindicaba la figura de un artista como Xul Solar: "un creador argentino que logró dar carácter personal a su obra y



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



a la vez concurrir esencialmente en el movimiento artístico mundial, sin copiar sus modelos y anticipándose en muchas de sus manifestaciones.”

En todo caso, lo que es importante tener en cuenta es que toda revista presupone un concepto de cultura y para cualquier análisis que se haga de ellas es necesario preguntarse acerca de qué entendieron en cada momento por cultura y, aun por contracultura. Solo así uno puede abordar revistas como *Pinap* con la cultura rock en los años sesenta y, en la actualidad, otras como *THC* que se dedica exclusivamente a lo que identifica como cultura Cannabis.

El estudio del contenido encierra, sin lugar a dudas, una complejidad que si bien ha sido reconocida, sin embargo, pocas veces ha sido pensada como una problemática específica que hace al objeto revista. Y cuando hablamos de contenido, claramente no nos estamos refiriendo a su índice o sumario, sino a cuáles son esos contenidos – sean textuales o visuales – y cómo se opera sobre ellos. En este punto me interesa destacar dos propuestas, una de ellas perteneciente a Beatriz Sarlo (1992), en su ensayo “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”. E independientemente de que se ocupe de las revistas publicadas por intelectuales, con toda la complejidad implícita en el término “intelectuales”, lo cierto es que su trabajo es uno de los pocos que aborda las revistas desde un punto de vista teórico. Que estas reflexiones provengan de ella, no resulta extraño en tanto Sarlo tiene no sólo una práctica como intelectual y como editora de una revista como *Punto de Vista*, sino porque el estudio de las revistas constituye una constante en sus reflexiones. Además de *Martín Fierro*, su análisis de varias publicaciones periódicas, entre ellas las analizadas en *Buenos Aires 1920 y 1930: una modernidad periférica* (1986).

De toda esa línea de trabajos me interesa destacar también aquí su libro *El imperio de los sentimientos: narraciones de circulación periódica en la Argentina, 1917-1927* (1985), en el que a partir de una sociología de la literatura Sarlo interrogaba un tipo de publicación, como *La Novela Semanal*. Su importancia radica tanto en la densidad de la lectura propuesta y en cómo ejercitó esa práctica, como en el hecho que en la elección de su objeto de estudio rompía primero con esa noción de un corpus de publicaciones periódicas, dedicando un estudio a aquellas que hasta entonces había estado por fuera de los estudios provenientes de la crítica literaria, la llamada literatura de quiosco.

Como decíamos antes, en el ensayo citado en primer término Sarlo piensa la *forma revista* como una práctica (de intelectuales) de producción y circulación, con su impulso hacia la esfera pública, en su propio presente. Es decir, como respuesta a una determinada coyuntura. Incorpora, para analizar esa necesidad de intervención pública la noción de aura de una revista que se encuentra en su propio presente y que pierde “cuando su presente se convierte en pasado” pero que, sin embargo, “conservan las pruebas de cómo se pensaba el futuro desde ese presente” (Sarlo 1992: 11). Para entender esto, Sarlo recurre a una herramienta de análisis formulando el concepto de *sintaxis de la revista*, y para ejemplificar el funcionamiento de esa sintaxis, cita el caso de Borges en *Sur* donde sus ensayos

sobre la literatura gauchesca o sobre las inscripciones en los carros aparecieron en cuerpo menor, apretados en las últimas páginas del número, mientras que la distinción de la letra grande y las primeras páginas correspondía a textos sobre el ser latinoamericano de Waldo Frank o Valéry-Larbaud, hoy olvidados (10).



Y, aclara, además que "... el tipo de letra y el lugar en las páginas de una revista pertenecieron a un conjunto de decisiones tomadas que, básicamente, *son* la revista misma".

La sintaxis de la revista es por lo general el resultado de juicios de valor, al igual que los textos que son ordenados por esa sintaxis. Para Sarlo (1992) las revistas son *bancos de prueba*:

La conciencia de su estar en el presente se superpone con su cualidad instrumental: las revistas son medios. A diferencia de los poemas o las ficciones, la sintaxis de la revista (que obviamente los incluye) diseña para intervenir en la coyuntura, alinearse respecto de posiciones y, en lo posible, alterarlas, *mostrar* en vez de solamente publicarlos (11).

Este discurso cultural es lo que identifica como la *política* de las revistas que en cuanto tal son producto de juicios de valor.

De la lectura de este trabajo se pueden extraer ciertas conceptualizaciones que son válidas para otro tipo de publicaciones a la hora de pensarlas como objeto de conocimiento. Por eso me interesa mencionar otra propuesta que en términos teóricos resulta instrumental para su estudio. Annick Louis (1997) ha formulado el concepto de contexto aplicado a una revista, distinguiendo contexto de publicación, contexto de edición, contexto de producción y contexto de lectura. Partiendo de la noción de paratexto formulada por Gerard Genette, el contexto de publicación se refiere a los elementos que rodean al texto, es decir, aquellos que se encuentran en la misma página (otros textos o ilustraciones), o al conjunto de la publicación donde un texto es editado. Mientras que el contexto de edición, es la noción ampliada del anterior: la revista en sí misma, el periódico en el cual una revista es publicada o la red constituida por el conjunto de revistas publicadas en una época, en una cultura. El contexto de producción, se refiere a las condiciones materiales, culturales y sociales de producción de los textos. Y, por último, el contexto de lectura, esto es, las condiciones de lectura, tal como ellas se inscriben en los aspectos materiales de las publicaciones.

Para entender el contexto de publicación, pensemos en la presencia de Borges en la revista *Continente* en 1949, una revista que fue "decálogo" del peronismo y en el que las noticias del gobierno y los avisos oficiales alternaban continuamente con toda una galería fotográfica de las actividades de Perón y Evita. La de Borges era una presencia conflictiva dado que su enfrentamiento al peronismo era ya público; lo único que puede explicarla es que el contexto de publicación inicial de su texto fue en el catálogo de la exposición de Xul Solar en la Galería Samos, donde funcionaba como prólogo. Una concesión si es que lo fue, del escritor hacia su amigo y una excepción en la revista que careció de colaboradores de la talla de Borges.

Para seguir con el ejemplo estudiado por Louis, la *Revista Multicolor de los Sábados* del diario *Crítica*, veamos la portada de este suplemento en su número inaugural. Tal como aparece a toda página la reproducción de David Alfaro Siqueiros, *Contra la corriente*, podría pensarse que tiene un carácter programático, cuando en principio no es así y que marca tal vez solo aquí la dependencia que puede existir entre un suplemento y el diario al que responde. Sin duda, era Natalio Botana quien estaba detrás de esta inclusión, en tanto fue él una de las figuras que más apoyó al mexicano durante polémica su visita a Buenos Aires en 1933. Este número de la RMS puede ser pensado también en una dimensión mayor, en una



red de revistas que –desde *Actualidad*, *Signo*, *Movimiento Plástico*, *Contra*, etc.– participaron de una manera activa de la problemática planteada acerca de la relación entre arte y política, una dialéctica plástico-subversiva en términos de Siqueiros².

Asimismo, cuando pensamos en el contexto de lectura, es claro que como lo afirma Louis "el medio en que un texto es publicado le confiere una orientación en cuanto a la recepción, participando así de la construcción de un contexto de lectura". Para comprender esto basta considerar algunas revistas de comienzos de los años cuarenta, que compartieron la opción antifascista que caracterizó a muchos intelectuales desde mediados de la década anterior pero que claramente se radicalizó luego de que estallara la Guerra Civil española. Por ejemplo, *Argentina Libre* y *Saber Vivir*. Estas dos revistas compartieron artistas, escritores y críticos –María Rosa Oliver, Jorge Romero Brest, Gironde, Raquel Forner, Attilio Rossi– pero el caso es que si las dos compartían un ideal antifascista, sin embargo, cada una pensaba de manera diferenciada su intervención en el presente. Y los colaboradores tenían absolutamente conciencia de esto; ellos sabían cuál iba a ser el contexto de publicación y también cómo iban a ser leídos sus textos en cada uno de esos contextos.

En lo que hace al contexto de producción, Louis también reconoce la dificultad existente para aprehenderlo, ya que no siempre es posible reconstruir aquellas condiciones en las que un autor produce un texto. Acerca de estas problemáticas en una revista, consideremos por ejemplo el artículo "La errata" de Ramón Gómez de la Serna publicado en la revista *Saber Vivir*. El español decididamente intervenía y daba indicaciones acerca de cómo debían ser *mostrados* sus textos. En un texto donde él se ocupaba precisamente de las erratas que los editores de revistas incurrieran, lo reiterado de esta situación y el estado de indefensión en que se encontraba el autor, incapaz de corregirlas en tanto sólo era posible reconocerlas una vez que habían sido publicadas, su texto era una crítica en términos paródicos a esta situación.

Para finalizar, creo que al presentarles estas propuestas de análisis –sin duda, mucho más complejas de que lo que he alcanzado a resumir aquí– lo que traté, en primer término, fue señalar que a partir del reconocimiento de la falta de otro tipo de aproximación al objeto revista, resulta imprescindible comenzar a reflexionar sobre ellas. Pero también que es necesario hacerlo desde otros lugares diferentes a los habitualmente frecuentados por quienes estudiamos las revistas.

Pensar en cuáles pueden ser las herramientas para poder abordarlas por fuera de tal o cual área del conocimiento, puede ser un punto de partida; pero aquí lo que debe quedar claro es que, en cuanto herramientas, son solo eso y no constituyen un fin en sí mismo. Todo esto es de particular relevancia, sobre todo cuando tenemos en cuenta que el estudio de las revistas constituye hoy un nuevo campo de estudio en pleno desarrollo. Y que si les

² Por otra parte, uno puede repensar el contexto de publicación a partir de su misma ruptura. Ejemplos hay muchos, en particular los que se desprenden de aquella práctica tan común de los álbumes de recortes. Pero para citar un caso específico puedo recordar el del escritor brasileño Mário de Andrade y su relación con los actores de la renovación literaria argentina de los años veinte. A través de ellos Andrade fue recibiendo varias publicaciones periódicas –*Brújula* de Rosario, *Los Pensadores*, *Claridad* y *Revista de Oriente* de Buenos Aires, y *Clarín* de Córdoba, por mencionar solo algunas–. Para leer la literatura argentina el brasileño optó por recortar estas revistas y conservar solo aquello que le interesaba. Es decir que los textos –en su mayoría poesías– perdieron su contexto de publicación original, pero ingresaron a otro que es el resultado del trabajo de un lector, en su operación de selección y recorte.



reconocemos ese nuevo estatus, es necesario reflexionar más allá de los límites que nos impone nuestra práctica de lectores interesados cuyas lecturas están marcadas por sus respectivas áreas de especialización.

Bibliografía

- Artundo, Patricia M. (2002). "Las revistas como objeto de estudio". *Leer las artes: las artes plásticas en 8 revistas culturales argentinas. 1878-1951*. Instituto de Teoría e Historia del Arte "Julio E. Payró". F.F.y L. UBA. Serie Monográfica n° 6: 11-19.
- Carter, Boyd G. (1959). *Las revistas literarias de Hispanoamérica: breve historia y contenido*, México, Colección Studium 24.
- Croche, Marcela (2006). "Las revistas literarias argentinas o una historia colectiva de la literatura local". Lafleur, Provenzano, Alonso. *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*, Buenos Aires, El 8vo. Loco Ediciones: 9-29.
- Englekirk, John E. (1961-1963). "La literatura y la revista literaria en Hispanoamérica". *Revista Iberoamericana* n° 51-53 y 55.
- Fernández, José Rómulo (1943). *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Librería Perlado.
- Fernández Moreno, César (1954). "La poesía argentina de vanguardia". Rafael Alberto Arrieta (dir.), *Historia de la literatura argentina*. Tomo 4. Buenos Aires, Ediciones Peuser: 658-669.
- Galván Moreno, C. (1944). *El periodismo argentino: amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- Girbal-Blacha, Noemí M. (1999). "Introducción". Noemí M. Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson. *Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia.
- Índice general de la revista *Sur*, 1931-1954 (1955). Washington, D.C., Unión Panamericana, Bibliographic Series 45, Departamento de Asuntos Culturales.
- Lafleur Héctor René, Sergio D. Provenzano y Fernando P. Alonso (1962). *Las revistas literarias argentinas: 1893-1960*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.
- Leavitt, Sturgis E. y otros (1961?). *Revistas hispanoamericanas: índice bibliográfico, 1843-1935*, Santiago de Chile, J. T. Medina.
- Louis, Annick Louis (1997). *Jorge Luis Borges: œuvre et manœuvres*, Paris, L'Harmattan: 7-34.
- Nichols, Madaline W. y Lucía Burk Kinnaird (1935). *A Bibliography of Articles in Nosotros*. General Literary Criticism exclusive of Hispanic American Literature. New York, Publications of the French Studies, Columbia University.
- Pacheco, Marcelo E. (2009). *Coleccionismo artístico porteño: del Virreinato al Centenario*, Rosario, Beatriz Viterbo, en prensa.
- Poggioli, Renato (1964). *Teoría del arte de vanguardia*. Traducción de Rosa Chacel. Madrid, Revista de Occidente.



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



- Quesada, Ernesto (1893). “El movimiento intelectual argentino: revistas y periódicos”. *Nueva Revista de Buenos Aires* a. 2, t. 5, 1882. [Recogido en *Reseñas y críticas*, Buenos Aires, Félix Lajouane Editor: 119-141].
- Quesada, Vicente G. Quesada (1863). “Primer periódico publicado en Buenos Aires (1801)”. *La Revista de Buenos Aires*. Tomo 1: 148-153.
- Rojas, Ricardo (1925). “La literatura argentina: ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata”. *Obras de Ricardo Rojas*. Tomo 15, segunda edición: 923-979.
- Sarlo, Beatriz (1992). “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”. *Le discours culturel dans les revues latino-américaines (1940-1970)*. *América-Cahiers du CRICCAL* n° 9/10: 9-16.
- Soto, Luis E. (1967). “Los problemas de Iberoamérica y las revistas: a propósito de «Comentario»”. *Cuadernos de Comentario* 11: 9-17.
- Schwartz, Jorge (1991). “Prólogo”. *Las vanguardias latinoamericanas: textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra: 25-62.
- y Roxana Patiño (eds.) (2004). *Revistas Literarias / Culturales Latinoamericanas*. *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh v. 70, 208-209, julio-diciembre: 647-650.
- Viñas, Ismael (2007). “Una historia de *Contorno*”. *Contorno: edición facsimilar*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional: III-IX.